

Debajo del corsé

Una mirada crítica a los principales personajes femeninos de Alas

CAROLYN RICHMOND

¿Qué quieren las mujeres?, preguntó en su día Freud. En el día de hoy, según la redacción de "La Vanguardia", parece ser que lo que quieren a lo menos sus lectoras (una mayoría creciente) son artículos dedicados a diversos aspectos de la experiencia femenina. De ahí el tema del presente escrito que a mí, como representante de dicho sexo dentro de la hermandad clarinista, se me ha pedido. También en la época de Leopoldo Alas eran mayoría las lectoras, sobre todo en los campos de la poesía y la novela, géneros en aquel entonces no exentos de cultivadoras femeninas. De la mujer como lectora y escritora se ocupó, desde una variedad de perspectivas, el Alas crítico y narrador a lo largo de los últimos cinco lustros de su vida.

Sirva como ejemplo de estas dos vertientes la más conocida, con creces, de las mujeres ficticias de Clarín: la sensible, incomprendida y frustrada protagonista femenina de "La Regenta", acerca de cuya efectividad en cuanto personaje literario plenamente logrado (compáresela con el de Fermín de Pas, o bien con cualquiera de las creaciones femeninas de Galdós) sigue habiendo opiniones de lo más dispares. Lo que se nos cuenta de su vida previa al matrimonio con don Víctor Quintanar, que es bastante, va filtrado a través de una serie de recuerdos auto-compasivos, y desde una perspectiva subjetiva, por parte de esta señora (desencorse-tada, dicho sea de paso), sacados a colación en la intimidad de su alcoba.

De ella sabemos que a los 4 años quedará huérfana, privada para siempre del cariño maternal; que el aya inglesa contratada por su padre librepensador para cuidarla durante la larga ausencia de éste era hipócrita y cruel; que, al aprender a leer, la niña desde muy temprano empezaría a hacerlo mezclando lo leído con una buena dosis de fantasía personal; que en Madrid, reunida con su padre, recibiría, por orden de este creyente en "la emancipación de la mujer", que trataba a su hija "como si no tuviera sexo", una educación neutra; que al volver a la quinta asturiana familiar dispondría la joven de la extensa biblioteca de su progenitor para ampliar con ahínco, y sin tutela, sus lecturas, en las que encontraría en la pubertad un cierto amparo espiritual; y que, de adolescente, se dedicaría a escribir versos de tipo místico.

La flor de Vetusta

Tendría que dejar luego la joven este "vicio de escribir", que le mereciera, al trasladarse a vivir a la casa vetustense de las hermanas solteronas de su difunto padre, el apodo de "Jorge Sandío", por vergüenza así como por deferencia a la opinión general, pues, en palabras del marqués de Vegallana: "¿Quién se casa con una literata?". Pero en realidad, ¿qué otras posibilidades, amén de la del matrimonio (o de quedarse soltera, hacerse institutriz o meterse monja), se le ofrecían a una burguesa española en el siglo XIX?

Consecuencia dada por sentido del matrimonio era la maternidad. Irónicamente, esta bella mujer, la flor de Vetusta, no alcanza nunca,

por culpa de la impotencia de su también vetusto marido, aquel estado de felicidad y autorrealización personales que, según la opinión de una inmensa mayoría de escritores decimonónicos, le esperaban a la perfecta casada: el gozado por el llamado ángel del hogar. Pese a seguir siendo una fervorosa y solitaria lectora, y a buscar, en vano, en la Iglesia algún consuelo de sus muchas y agobiantes frustraciones, Ana Ozores está presa en su propia soledad. En sus malogradas búsquedas e interminables vaivenes consiste la historia de la Regenta, trofeo disputado por un sacerdote enamorado y un gastado donjuán de provincias, en la novela que lleva su título: una mujer objeto digna de compasión. Así la trata el narrador, portavoz del Alas escritor, en una actitud que se repite en otros textos suyos, tanto críticos como de ficción: un pobre ser que carece de dirección.

Cambiemos, pues, la antes citada famosa pregunta del gran fundador del psicoanálisis (por cuyo famoso sofá, recordemos, pasaron muchísimas señoras), por otra que bien podríamos poner en boca de Clarín: ¿qué requieren las mujeres? O sea,



Emma Penella en el papel de Ana Ozores (1974)

¿qué necesitan ellas para sentirse felices y realizadas en aquella sociedad burguesa, patriarcal y estratificada, que era la que al autor y a su personaje les tocó vivir?

La respuesta, según Alas, es que necesita alguna especie de guía: bien la que pueden otorgarle en solitario lecturas orientadas (se supone por un sabio y maduro varón) o bien la proporcionada por un responsable confesor. De una y otra carecería Anita Ozores, tratada por el autor con una combinación de condescendencia, lástima y cariño, mezclados con una especie de identificación espiritual, en un intento verdaderamente heroico por su parte de crear un personaje femenino de una cierta complejidad interior. Hasta qué punto lo logró, le toca a cada lector decidir. Lo cierto es que, pese a ese esfuerzo, adoptaría Alas hacia ella, así como hacia todas sus mujeres ficticias, una perspectiva superior y exterior: todo lo opuesto del punto de vista narrativo de su

¿Qué necesitaban ellas para sentirse felices en la sociedad burguesa y patriarcal que les tocó vivir? Según el novelista, alguna especie de guía

contemporáneo Galdós. En Ana, mujer incompleta, casada pero todavía virgen, sexualmente frustrada y anhelosa de ser madre, desarrolla en el fondo su creador un tipo: el de la Eva que sucumbe a la tentación (irónicamente terminaría por desempeñar en la novela el papel del Diabolo su igualmente frustrado, y enamorado, confesor...).

Galería de tipos

No sólo era (¿y sigue siendo?) problemática la mujer, sino que, a finales del XIX, inspiraba raudales de prosa de tipo teórico en que autores masculinos (claro está) debatían el llamado "problema de la mujer". En esta ferviente discusión pública, carente de cualquier propósito de acercamiento a la individualidad de las representantes del género en cuestión, participaría con entusiasmo y sarcasmo desde Madrid a finales de los años setenta el joven Clarín crítico: todavía soltero y por lo visto tímido y falto de experiencia en sus relaciones sentimentales. En efecto, las mujeres ficticias que aparecen en sus primeros cuentos resultan ser ilustración de tipos: la literata, la beata, la tonta, la adúltera o la arpía, presentadas todas desde un punto de vista irónico y un estilo satírico que siguen deleitando hoy en día.

Aparte de la galería de personajes femeninos de "La Regenta" (siendo el más logrado de ellos, con mucho, el de doña Paula, la madre del Magistral), y de la extraordinaria encarnación del mal creada en el personaje de Emma Valcárcel en "Su único hijo", donde hay que buscar a las mujeres ficticias de Alas es en su extensa narrativa breve, ahora reunida por vez primera en dos tomos titulados "Cuentos completos" (Alfaguara). Con los años, con una crecida experiencia vital (ya estaba casado

y era padre del primero de sus tres hijos cuando se publicó "La Regenta"), llega a crear nuestro autor personajes femeninos que superan esos estereotipos de la buena y la mala, del ángel o la diablo, cuyas personificaciones máximas, Ana Ozores y Emma Valcárcel, había retratado ya, con un regodeo voyeurista, literalmente sin corsé en la intimidad de sendas alcobas.

Sin la compenetración humana de Galdós y siempre desde un punto de vista marcadamente masculino, iría Alas indagando a su modo, en relatos de su madurez, en el misterio de la mujer: lo que la preocupa y conmueve, lo que, debajo del simbólico corsé de las cohibiciones sociales, es su verdadero ser. Son estas mujeres ficticias que, dentro de unas circunstancias personales tristes, imposibles, conmovedoras, se comportan con gran dignidad. Piénsese en Doña Berta; en la integridad de Caterina Porena de "Superchería"; en las protagonistas de "La Ronca", "Rivales", "La rosa de oro"; en la sufrida esposa (y lectora) retratada en "La imperfecta casada"; en el anónimo bulto femenino de "El dúo de la tos"; en la caritativa vieja de "El caballero de la mesa redonda"; en la pobre Cecilia Pla de "El entierro de la sardina"...

¿Qué requieren las mujeres? Lo que necesita todo ser humano: respeto, comprensión, cariño, amor... De esto iría dando constancia, a su manera, Leopoldo Alas, en obras narrativas breves de una gran belleza estilística y profundidad temática, tan vigentes hoy como en el momento en que las escribió. ●